

DEBO DECIRTE

¿Sabés? Tu postura ante mi realidad es muy común.
Son muchísimos los que se han sentido defraudados por mi muerte en cruz.
Son muchísimos los que esperaban otra cosa de mí.
No he venido a hacer la que querían sino lo que debía.
Depositaron en mí toda una carga de expectativas sin tener en cuenta la razón fundamental de mi tarea.
Decidieron por mí. Esperaron lo que querían y, lógicamente, se han sentido defraudados.
Hacerles el gusto me habría resultado muy fácil y me habría librado de una buena carga de sufrimientos.
Habría defraudado a mi Padre y toda mi tarea habría sido un sin sentido.
Mi reino no es de poder, armas o realidades sociales.
Mi reino es una realidad que crece y vive en el corazón de cada uno y desde allí se hace acción transformadora.
Por ello es que comencé, para que ustedes la continuasen, la más revolucionaria de las revoluciones.
La revolución que tiene como arma, como método y como finalidad al amor.
Las otras revoluciones no poseen una unidad como la que yo planteo.
Pero, también, ninguna otra revolución abarca a toda la persona y sus relaciones como la que se realiza desde el amor.
Es la más difícil pero, también, la más radical de las revoluciones.
¡Claro!. No eran lo que esperaban.
Esperaban armas, golpes, sangre, muertes y un nuevo reino.
Sin más muertes que la mía les he regalado un reino nuevo.
No ha habido otro derramamiento de sangre que la de propia sangre.
Mi reino no pasa por lo que ustedes más querían sino por aquello que ustedes más necesitaban.
Necesitaban, ustedes y los hombres de todas las generaciones, amor para darle un auténtico sentido a vuestras vidas.
De la relación con mi Padre habían hecho un estricto limitarse al cumplimiento de la ley.
Ni ustedes ni mi Padre se involucraban en ese cumplir. La habían despojado del alma y sin ella es imposible poder involucrarse con el Padre.
Dios es un Padre que ama y, por lo tanto, lo suyo dice de una forma muy concreta de relacionamiento y de convivencia con todo lo de todos.
De las relaciones entre ustedes habían, también, hecho un frío cumplimiento de una ley y sobradamente se sabe que toda ley posee un espacio por donde nos podemos liberar de ella.
Así como cumplían la ley, también, conocían y estaban más pendientes de las tretas para poder no cumplirla cumpliéndola.
Mi reino no posee más ley que la del amor hasta sus últimas consecuencias.
Por ello es que debía pasar por la realidad de una muerte como la que viví por más que muchos, como tú, se sintiesen defraudados.
Debía mostrar que es posible amar hasta las últimas consecuencias.

Debía testimoniar que es imposible no involucrarse plenamente en una auténtica relación para con el Padre y para con la humanidad.

Mi reino se construye desde ese nunca perder la ilusión de que el amor es posible pese a que todo nos pueda estar haciendo sentir que es un fracaso.

Mi reino no pasa por un manejarse por lo que la mayoría se maneja sino por un apostar a aquellos que la mayoría desprecia.

Por ello es que, preferentemente, me rodee de aquellos más despreciados, menos tenidos en cuenta o menos mirados por las autoridades del momento.

Mi reino es para aquellos que no le temen a la cruz porque amar es, sin lugar a dudas, vivir la cruz a cada instante.

La presencia de mi reino no hace alardes o busca efectos impactantes. Es una convicción que se vive a cada momento y desde allí se hace fuerza transformadora.

Todo lo mío puede ser desconcertante pero ello es parte de mi ser. He venido a romper los esquemas que se habían establecido y hacerles ver la vida desde una realidad a la que no se está muy acostumbrado a ver.

Lo mío puede ser tan desconcertante como el hecho de que, aquí, en la cruz, a punto de morir y con los brazos abiertos por dos clavos esté proclamando el comienzo de un reino que solamente se puede entender desde y con amor.

Padre Martín Ponce de León SDB